

# Remolacha: otro cultivo industrial comprometido



Un producto absolutamente básico como el azúcar lleva más de un año en el candelero informativo.

En el plano internacional las voces son generalmente de alarma. El Simposio Internacional Azucarero, celebrado en París en 1972, puso de manifiesto que los *stocks* mundiales de azúcar se reducían anualmente en un 20 por 100. El aumento del consumo individual de azúcar son responsables de ello. Los logros en rendimientos de azúcar por superficie cultivada y las advertencias médicas por consumo excesivo suponían únicamente una precisión de lujo ante el problema general de escasez.

En nuestro país las informaciones son mucho más confusas. En la pasada campaña pudieron anotarse actuaciones muy diferentes. Las amas de casa peleaban en cada tienda por conseguir un kilo más de azúcar, los agricultores empezaban a desconfiar del cultivo de remolacha y los industriales se quejaban de no tener sus fábricas a pleno rendimiento; mientras todo esto sucedía, la Administración disponía la contingentación de la producción y mantenía las importaciones de azúcar cubano al parecer en defensa

de otra rama de la industria. La última regulación de campaña —dada en agosto pasado— reconoce la necesidad de fomentar el cultivo, aunque se mantienen las importaciones.

En esta comparación de planos diferentes hay que decir, por último, que Andalucía está sumergida hasta el cuello en los puntos más turbios del caldo azucarero nacional: Andalucía produce aproximadamente el 40 por 100 del azúcar español.

Hay que reconocer que nos resulta perjudicial la fuerza del tópico o, si se quiere, el desconocimiento de nuestro presente económico, como dice Nicolás Salas. Sevilla es la primera provincia productora de arroz, obtiene los mayores rendimientos del país a mejores precios; pese a ello, «La Isla» sigue siendo marginal y desconocida, y el arroz algo valenciano. Lo mismo ocurre con los agrios, el algodón o la remolacha. Es cierto que en Villafranco se oye «valenciá» por las calles, que nuestras naranjas las comercializan levantinos y que en una fábrica azucarera el acento castellano o aragonés es predominante, pero algunos de estos aprovechamientos se han impuesto tan manifiestamente

en las tierras bajoandaluzas, que un reconocimiento de ello a todos los niveles resulta esencial para nuestra región si se pretende quitar a su agricultura el excesivo coyunturalismo de que está aquejada y si se quiere estabilizar la industria a ella ligada.

En los últimos años el agricultor andaluz ha pasado por los aros coyunturales más diferentes. Ha tenido que dedicarse a cultivos exóticos, llámense algodón, cártamo, girasol o remolacha; ha debido forzar su tradicional forma de hacer en pro de unos beneficios progresivamente decrecientes con cada planta para pasar a la nueva atracción programada. En algunos de estos aprovechamientos hubiera sido deseable un asentamiento, las características estructurales lo avalaban y lo exigían inversiones agrícolas e industriales desparramadas, puestos de trabajo perdidos y, sobre todo, los logros que se habían realizado en experiencia y calidad de la gestión agrícola, comercial e industrial. Desgraciadamente casi siempre ha fallado el apoyo político necesario.

La remolacha se encuentra ahora en ese momento crítico en que su futuro podrá ser la consolidación o

el olvido de un cultivo más. La provincia de Cádiz constituye un marco especial idóneo para enfrentar la actual problemática de este aprovechamiento. Cádiz es la primera provincia productora de raíz, pues dedicó al cultivo en las últimas campañas superficies próximas a las cincuenta mil hectáreas, alcanzando en 1972 una producción de 1,5 millones de toneladas de remolacha. En el conjunto nacional ello suponía el 20 por 100 del área de cultivo y de la producción. A nivel provincial estos datos cobraban mucho más realce. La superficie media cultivada de remolacha en el quinquenio 1969-74 suponía el 5,6 por 100 de la extensión total de la provincia, el 14,5 por 100 de la tierra labrada y el 22 por 100 de la superficie destinada a cultivos herbáceos de secano. En dicho período, 26 de los 42 municipios gaditanos cultivaron remolacha, aunque sólo las tierras más orientales y meridionales de la provincia no practicaron este cultivo.

En un plano más específicamente humano, esta situación de cultivo correspondía a la iniciativa de 2.500 cultivadores y al trabajo realizado en tres millones de jornadas laborales, entre las que las tareas de entresaca y escarda suponían una importante fuente de trabajo para los jornaleros en los meses difíciles del invierno. Por otra parte, los tres principales grupos azucareros del país han instalado en las proximidades de Jerez otras tantas fábricas azucareras que totalizan una capacidad de recepción de 15.000 toneladas diarias de raíz y proporcionan 500 puestos de trabajo fijos y casi el triple en los tres meses de apogeo de campaña.

En tierras gaditanas el cultivo de remolacha no tenía tradición; por el contrario, en Sevilla, los centros fabriles azucareros son anteriores a la Guerra Civil, el éxito de la remolacha en Cádiz va unido estrechamente a la década de los años sesenta. Circunstancias de la más diversa índole hicieron posible que en dicho período se produjera la expansión del cultivo hasta multiplicar por diez superficies y producciones. Desde el punto de vista físico, la pluviometría y la humedad del aire consolidaron la «he-reija» agrónoma que representaba el cultivo de remolacha en secano con siembra otoñal. En los páramos castellanos se había cultivado raíz en secano durante los años 50, pero no duró mucho en dicha modalidad y hasta su reciente expansión en Andalucía Occidental la remolacha era «un típico cultivo de regadío de la España seca».

Poder dedicar tierras de secano suponía vincularlo a precios más baratos y a marcos estructurales más amplios y, por tanto, más adecuados a la imperativa necesidad

de mecanizar el cultivo. Unirlo a las tierras de labor era, sobre todo, disponer de una alternativa para un sistema de rotación de cultivos del que desaparecería el algodón. Si la remolacha no ha alcanzado los totales del algodón se debe sin duda a la incorporación más reciente del girasol, cultivo aún no muy extendido en la provincia de Cádiz.

Por último, una decisión política vino a favorecer el cultivo en secano. La polémica planteada en torno al pago de la raíz por peso o por riqueza se resolvió a favor de la segunda posibilidad en la regulación de la campaña de 1968. Dicha directriz inclinó el cultivo hacia el secano, pues, como es sabido, el contenido sacárido por unidad de peso es mayor en la remolacha que no ha tenido aportes complementarios de agua. La Baja Andalucía desarrolló el cultivo casi en simultaneidad con el hundimiento del área remolachera del Ebro. Se convertía así en la segunda zona remolachera, sólo superada en volumen de producción por la región del Duero, y en la mejor dotada estructuralmente para obtener remolacha azucarera.

CADIZ,  
PRIMERA PROVINCIA  
PRODUCTORA  
DE ESPAÑA

El punto álgido remolachero se alcanzó en la campaña 1971-72. Desde entonces el cultivo ha empezado a decaer como consecuencia de una serie de malas cosechas, del mantenimiento de la política de contingentación y de la insuficiente evolución de los precios. Los márgenes de beneficio se han ido reduciendo rápidamente ante la subida de los costos de producción, mano de obra y fertilizantes principalmente. La remolacha, un cultivo costoso y muy vinculado a grandes explotaciones —al menos en el secano andaluz—, se ha convertido en un negocio arriesgado y, por tanto, muy sensible a las matizaciones coyunturales. Muchos agricultores se alejan de él con la protesta de que, con suerte, no podrían obtener más de un 30 por 100 del valor del azúcar en la calle.

La regulación de la campaña próxima recoge los principales motivos de preocupación, el riesgo de escasez de azúcar y la subida de los precios. Incluso se corrigió el tremendo error de no considerar en absoluto la participación andaluza

en la producción remolachera, aclarando que es «aconsejable su publicación en estas fechas para que incida en las siembras de remolacha del otoño próximo en Andalucía Occidental», según cita textual del «B. O. E.». Es la primera vez que esto ocurre, pues no olvidemos que en la pasada campaña los precios nuevos salieron a la luz pública cuando ya era tarde para sembrar en nuestras tierras. Muchos agricultores habían captado rumores de una subida de precios y formalizaron sus contratos de cultivo con las industrias, pero sembrar con ese mismo interrogante era mucho más arriesgado. Mantener al cultivador en la duda pudo ser una forma más de contingentar la producción, pero lo que en forma alguna resulta comprensible —dentro de lo poco acertado de esta política— es que dicha incertidumbre hubiera de gravitar solamente sobre el remolachero andaluz, pues los otros cultivadores del país, que practican la modalidad de cultivo con siembra invernal, sí pudieron conocer a su tiempo los nuevos precios. No es fácilmente asimilable que precisamente la zona que practica un cultivo remolachero mejor adaptado hubiera de padecer prioritariamente la restricción programada.

Este año el error se ha subsanado, pero la sensación de crisis del cultivo continúa, pues los agricultores consideran los nuevos precios insuficientes. Habrá que esperar el desarrollo de la campaña ahora iniciada para saber si la remolacha recupera sus anteriores posiciones o si, por el contrario, sigue el camino de su directo predecesor, el algodón, cuyo fracaso está aun tan cercano.

Si se pierde este aprovechamiento no sólo se derrochará en los campos concretos de las inversiones realizadas, los puestos de trabajo alterados y el abandono de la experiencia acumulada, sino que habrá que recurrir de un modo más masivo y ahora forzoso a las caras importaciones de azúcar. Por otra parte, si se desperdicia esta oportunidad de vincular a nuestras tierras el cultivo, el secano andaluz perderá una nueva posibilidad.

Durante la pasada campaña el girasol empezó a dominar en las tierras del borde norte de la campiña gaditana. El nuevo aprovechamiento parece estar llamado a suceder a la remolacha azucarera en la misma medida en que ésta ocupó el lugar del girasol. La sucesión de estos cultivos suponen una progresiva reducción de posibilidades sociales e industriales, y con ello el sector primario andaluz se desvía cada vez más de una necesaria dinámica socioeconómica encaminada al desarrollo.

Florencio ZOIDO NARANJO